

Tres:

Vidas y personajes Autónomos



A Violeta



UN AÑO DE FÁBULA

Éste que voy a relatar es uno de mis años preferidos. Ocurrió hace muchísimo, cuando acababa de irme de la casa materna y vivía en un pisito pequeño, pero majo, que me habían alquilado unos parientes. El piso estaba en un barrio con marcha y bien considerado entre la juventud. Tenía un aseo con ducha de dimensiones algo reducidas, pero mi madre hizo que lo arreglaran y quedó pequeñito y bien.

La cocina, sin embargo, era amplia. Sobre todo, porque lindaba con un hermoso patio del que yo era usufructuario. Allí había colocado la lavadora, regalo de mis hermanos mayores y allí tendía la ropa para que se secara. Cerca había un bello palomar de tórtolas limpias: entonces aún no se habían infectado ni ensuciado, porque había muy pocas en la ciudad y vivían reducidas en espacios como aquel. Nunca jamás me molestaron mis palomas, jamás tuve que recoger ninguna de sus cacas, que depositaban en el lugar previsto dentro de su casita. Además, por entonces, la paloma era el símbolo de la paz. Picasso la había dibujado de mil formas, todas preciosas. Hoy día esta criatura es considerada como una rata con plumas, cosa que lamento profundamente, porque pasa como con las gaviotas de Juan Manuel Serrat, que también han pasado a ser animales no gratos.



El salón quedó muy moderno y acogedor, convirtiendo una pared en librería de obra abierta por ambos lados, lo que proporcionaba una amplitud al salón que en realidad, no tenía: era sólo una sensación. Los muebles que me regalaron y algunos que compré, resultaron muy adecuados para aquel espacio y la gente cuando venía a aquella casa, se encontraba a gusto, porque era acogedora y relajante.

Yo me sentía a mis anchas allí, donde no tenía más preocupación que estudiar las oposiciones y dar las clases particulares de matemáticas (filosofía nadie necesitaba aprender) que me permitían pagar mi alquiler y comer todos los días, así como desplazarme en vespa sin problemas de aparcamiento ni de combustible, pues gastaba lo que un mechero.

En mi *kelly* me sentí bestialmente feliz, aunque estaba solo, solo, pronto iba a dejar de estarlo, pues empezaron a aparecer amigos, no muchos, pero los suficientes para notar el mundo, para que el solipsismo no me volviera loco, para mantener los pies sobre la tierra y la cabeza sobre los hombros y sobre todo, para poder desconectar de las oposiciones en las pocas horas de asueto que me había impuesto en mi horario de opositor.

Antonio era un buen mozo, mucho más alto que yo, *Moreno de verde luna*, y asertivo y brillante en su verbo, como pocos había conocido así, de cerca. Éramos amigos del colegio y ahora, además compañeros.



Le azuzaba para que estudiase las opos, pero a él, ácrata por aquellos entonces, lo único que le interesaba era ir tirando y salir adelante como quiera que viniesen las cosas. Odiaba los grandes principios y

hacía como que me regañaba en cuanto sacaba a relucir alguno de ellos, ya fuera en el ámbito de la política, la filosofía o la sociedad, tanto en las cuestiones sobre los derechos de la mujer como el derecho al voto, al parlamentarismo, como a la democracia, a la cultura, como a la ciencia.

Y yo, curiosamente, me achantaba al tiempo que asimilaba y acomodaba a mi propia personalidad los nuevos puntos de vista que él me proporcionaba. Mucho me temo que no pasaba lo mismo, en el viceversa, pues él era más maduro e independiente, o al menos lo parecía, dado su aplomo y seguridad al aseverar determinadas cosas no tan evidentes para la mayoría. ¿De dónde sacaría Antonio esos humos para defender esas ideas tan divergentes de casi todos? ¿Era él mismo cuando hablaba o era la voz de su amo? Y en tal caso: ¿Quién era su amo?

No, Antonio no ha tenido nunca un amo: Yo prefiero quedarme con el Antonio libre y autónomo que siempre conocí y con su criterio independiente, que tanto me enseñó y que tanto influyó en mi persona y en mi forma de pensar. Prefiero creer que al menos en parte, me tengo por librepensador al tiempo que algo biempensante, gracias a la influencia positiva de mi amigo Antonio, en una época de mi vida en que mi cerebro estaba todavía vacío de prejuicios ideológicos y estaba por llenar de ideas y de argumentos para defenderlas.

Antonio venía mucho a verme. Él se encontraba algo sólo, como yo, pero poco a poco se fueron añadiendo amigos suyos, quizá porque en mi casa nos encontrábamos bien y además había camas para todos, si la madrugada nos sorprendía charlando, discutiendo o leyendo.

Aquella nueva forma de vida trastocó mis horarios de opositor. Por la noche nos divertíamos, fumábamos lo que pillábamos, teniendo en cuenta nuestras costumbres más que sanas, si las comparamos con lo que ya había empezado a extenderse por doquier y que tan caro están pagando familiares y amigos de nuestra edad. De madrugada dormíamos como leños hasta bien entrada la mañana.

Las oposiciones pasaron a un segundo plano, pero seguía yendo por las mañanas a la facultad, porque quería sacarme el título de *germánicas* y así, poder optar a la enseñanza del alemán en alguna escuela de idiomas, lo de dar clase de filosofía no lo veía yo muy claro, pues, durante la carrera, había tomado muchos cafés en el bar y leído muy pocos libros. Sin embargo, en aquello del lenguaje y la filología me encontraba más seguro y sacaba muy buenas notas. Al final, todos aquellos planes se vinieron abajo en favor del *amor a la sabiduría* que me ha acompañado hasta la fecha en mi trabajo nada menos que durante 28 años.

El caso es que en las clases de *Alemán II*, coincidí con Brunilda, una chica de mi edad que se abrió a mí con una espontaneidad poco común y me agradó.

Estaba casada y enamoradísima de su marido con tan mala suerte que él, despedido por una aventurilla de poca monta abandonó su modernidad sin límite y optó por ponerse radicalmente en contra del adulterio y por



castigar a su amante esposa con el látigo de su indiferencia, (color pistacho).

Se jactaba en volver la cara para otro lado cuando Brunilda le hablaba, en no hacerle caso, en tratarla como si no tuviera cerebro y por último en negarle el contacto íntimo. A lo cual respondió Brunilda con una actividad erótica más propia de los varones, llevando la iniciativa en todo, a lo que su marido contestaba con una pasividad absoluta, pero placentera, de tal forma que Brunilda, que había dejado de tomar su píldora, pues se preñó y el otro le dijo que él no había participado conscientemente en ese embarazo y que por tanto se inhibía de todo lo relacionado con el hijo.

Llantos, súplicas y promesas fueron en vano y la relación entre el matrimonio decayó hasta que mi amiga Brunilda acabó siendo abandonada por su marido, que se fugó a Galicia con la mujer de un amigo, para rematar la faena. Él emprendió un camino sin vuelta hacia la autodestrucción y ella volvió a casa de sus padres en un entorno que odiaba y se quedó con el fruto de su desamor, esperando en él quizá una compensación a tanta amargura.

Brunilda se encontraba sola y yo también, porque Antonio se había puesto a escribir la tesis doctoral de un amigo a cambio de nada

¿?

Sí, señores sí, esas cosas pasan en la vida y trocó la alegre compañía que nos hacíamos mutuamente de noche, por la investigación filosófica de un pavo que al final consiguió una cátedra en la universidad, mientras que Antonio hoy día es funcionario, aunque la política es la actividad de la que se nutre su maquinaria cerebral.

Un día al salir de Alemán II, iba yo en mi Seiscientos blanco hacia mi apartamento en *La Prospe*, cuando Bruni, que vestía una americana y pantalones que resaltaban su feminidad, me paró y me preguntó si la llevaba.

Comimos en casa y fue entonces cuando me enteré de su historia particular y personal y como nos encontrábamos bien juntos, pues a partir de entonces, se venía siempre y mientras ella estudiaba las oposiciones de inglés, yo retomé las de filosofía, porque más vale pájaro en mano.

Entonces me aficioné al chismorreo y las charlas interminables, sacándole punta con gran regocijo a cualquier detalle del asunto que se estaba analizando y acabando las conversaciones a las tantas, con lo que el horario de estudio volvió de nuevo a tambalearse.

Brunilda iba redondeando su vientre a medida que la primavera transcurría plácidamente y los temas de las oposiciones iban cayendo a un ritmo no tan *allegretto* como hubiera convenido a nuestros intereses.

Un día me contó que había estado en casa de una amiga polaca, católica practicante, aunque no tanto como la madre, quien al enterarse de la situación afectiva y familiar de Brunilda, la abrazó con fuerza y le dijo: ¡Qué buena eres! ¡Eres una Santa! Y al contarme esto, a mi amiga al tiempo que se reía del detalle, se le encendían dos lucecitas en los ojos. Nunca he visto llorar a Brunilda.

Se acercaban las fechas temidas de los exámenes. ¡Uy, qué miedo! No habíamos estudiado suficiente, pero al menos Bruni tenía su inglés, que todavía hoy puede competir con el de los mejores, y tenía su perspicacia y su temple. Sin embargo, le urgía independizarse económicamente, tanto como a mí o más. Ella vivía de sus padres e iba a por su segundo hijo y yo me había largado de casa y vivía de unas clases particulares que lo mismo que venían, desaparecían y así con el alma en vilo iban pasando los días, acercándonos por igual al nacimiento de la criatura y a la celebración de las pruebas consistentes en tres exámenes:

El teórico, el práctico y la famosa encerrona.

-¿Y si me pilla el parto justo en medio de un examen, o entre dos exámenes, o justo el día antes del examen?

-Yo que sé, si al menos supiéramos la fecha fija, psss. Pero vete a saber cuándo te llamarán.

El 16 de julio Brunilda con su tripa leyó ante el tribunal el examen teórico y el práctico. Y pensó que si quería seguir adelante, ese era el momento de tener a su hijo, pues al menos pasaría una semana hasta *la encerrona*. Fue al médico y le pidió que le indujera el parto. En aquellos entonces había unas pastillas a base de oxitocina que se llamaban *pitocines* y que ponían a reventar a las parturientas, a no ser que fueran muy, muy duras de pelar.

Y fue Brunilda y en la mañana del 18 de julio, se puso seis u ocho de esas debajo de la lengua. Me llamó a las diez y me dijo:

- Oye, Praxe, que estoy de parto: ven a recogerme, pero date prisa, porque esto viene ya.

Jopé, así se las ponen hoy a los viceministros, vaya. Iba yo con mi Seiscientos desde *La Prospe* a Carabanchel, nada menos. Cuando llegué estaban Brunilda y su madre esperando en la calle.

- ¡Praxe, que se me sale! ¡Cuánto has tardado!

-¡Ayayayayay! no me digas nada.

Yo iba conduciendo muerto de miedo y tocando el claxon Castellana para arriba y pensaba que ya podían haber tomado taxi, (me parece que Brunilda iba pensando lo mismo) mientras Alfonsa, la abuela, agitaba con energía un pañal blanco y la madre empezaba a hacer unos ruidos desconocidos para mí por aquellas fechas. Cuando los ruidos extraños empezaron a sonar distinto y como escatológicos, en ese momento justamente, entrábamos en la clínica. Brunilda iba doblada y en cuanto la vieron, celadores y auxiliares se la llevaron. Mientras la abuela se ocupaba de la ropa y yo hacía los papeles, como si fuera el padre, Brunilda paría tan aprisa que no les dio tiempo ni a ponerle el camisón.



un

Alfonsa llorando se quejaba: *El canalla, el grandísimo sinvergüenza...* y muy pronto apareció una camilla con una madre, llevando en sus brazos una muñequita con la boquita de rosa de pitiminí y la piel de porcelana. Nunca he vuelto a ver un recién nacido tan precioso, ni siquiera mis propios hijos. ¡Bueno! un peso menos, ¡Eh Bruni!

El tribunal de inglés donde mi amiga hizo su examen, se quedó de piedra cuando vio aparecer a la joven supuestamente embarazadísima, una semana después sin barriga y dispuesta a cumplir con la encerrona.

Aunque también tenía lo mío, fui con el coche un poco antes de terminar las cuatro horas. Me acerqué al aula y abrí para verla, aunque estaba prohibido, pero mi sorpresa más grande fue cuando la descubrí tan tranquila, mirando por la ventana y quizá demasiado aburrida.

- De las cuatro horas que me han dado para preparar el tema, me han sobrado cuatro horas exactamente.

Brunilda, siempre tan sobrada me dejó turulato, pues yo, días antes, había agotado el tiempo trabajando hasta el último minuto para hacer una exposición tirando a regular. Ella sin embargo, con su inglés mucho mejor que el de los miembros del tribunal, quienes tenían que alargar el cuello y las orejas, para poder seguirle el ritmo, captar y comprender todo lo que estaba explicando, debió hacer un examen muy bueno, debieron ponerle un diez, porque a pesar del aprobaíllo que llevaba en la teoría, al final quedó la cuarta en la lista final y eran muchos, muchísimos los aspirantes.

A mí también me aprobaron en Filosofía, por los pelos, pero es que yo he ido adquiriendo el gusto por el estudio muy poco a poco y entonces estaba empezando nada más.

Cuando mi madre se enteró del aprobado, me dijo:

- Muy bien, Praxe, ahora ya te puedes reír del mundo.

¡Pobre madre! no sabe que durante los primeros años fueron los alumnos quienes se estuvieron riendo de mí, hasta que aprendí el oficio y me convertí en un profesor de categoría al menos suficiente.

MANU



Todo te lo tragaste, como la lejanía, como el mar como el tiempo, todo en tí fue naufragio. ¡Oh!, más allá de todo, es la hora de partir ¡Oh!, abandonado (9)

Esta frase está en una carta de Manu. Él me ayudó a superar mi soledad tanto como cualquier otro amigo y a él le debo tantos buenos ratos que me sorprende de pronto esta carta en la que recordamos los tiempos aquellos en que conoció a quien considera su *gran pasión*, porque con Manu puedo hablar durante horas de lo que me da la gana y siempre me comprende, me escucha muy atento, y muestra su acuerdo y su emoción y su admiración, tristeza, placer, ilusión o cualquier otro sentimiento que su excesivamente dotado sistema límbico haya podido recoger. Luego, esos sentimientos los pasa sin problemas por el neocórtex y responde a las impresiones con la alegría, locuacidad y sensatez suficiente para conseguir que quieras seguir hablando durante horas.

Cuando me fui a vivir sólo, él estaba enamorado hasta las asaduras y yo, lejos de reprimir sus sentimientos, le apoyaba en todo, pero la mala suerte quiso que su amado no fuera de costumbres monógamas ni polígamas, sino de una promiscuidad malentendida que partió en dos el corazón del pobre , quien sufría de amores como, o más que Grätchen:

Meine Ruh ist hin, mein Hertz ist schwer, ich finde sie niemmer und niemmer mehr. Nach ihm nur schau ich zum Fenster hinaus, nach ihm nur gehe ich aus dem Haus (11)

(TR: Mi tranquilidad llega a su fin, el corazón me pesa, nunca jamás volveré a tenerla. Me asomo a la ventana sólo por él, sólo por él salgo a la calle.)

Y como no sabe vivir sin amor, siempre está igualmente enamorado, ahora de uno, ahora de otro. Pero a pesar de la cruz que lleva, conserva toda su energía y disfruta de la vida. El único problema es que, obsesionado, cuenta los días y horas que lleva sin comunicarse con su amorcito de turno. Manu está solo, *solo como la lejanía (12)*, está anonadado, vacío de amor y de lágrimas. Yo también lo estoy, como todos en el fondo y ambos en nuestra soledad nos encontramos, nos unimos y lloramos por nuestros amores perdidos.

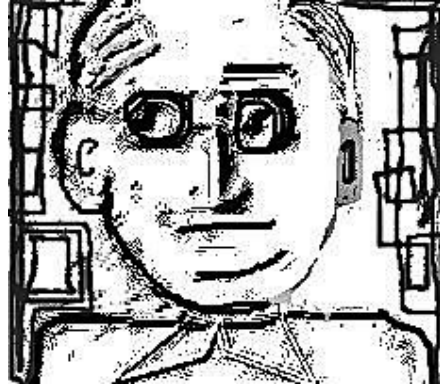
Lo mío es sólo para acompañar. Es el bajo continuo que sostiene la melodía, pero a Manu le han arrancado el corazón de cuajo. Él ya se ha separado valientemente dos veces. Pero en cuanto se separó por segunda vez, se enamoró sin remisión de ese que os contaba, que por lo visto tiene dotes de seductor, de *Don Juan* arcaico que practica el

feudal derecho de pernada con quienes ha conseguido atrapar en sus redes tejidas con seda fina, hilando encaje auténtico de figuras preciosas y casi transparentes. Encajes valiosos, luminosos que por sí solos enamoran al más templado. Manu y la templanza no van a juego y su enamorado practica otras muchas artes pronunciando con los labios las más bellas palabras de amor que Eros haya podido escuchar de un humano y según parece, las dice con tanta ternura que las propias diosas caerían rendidas en un momento de indefinida debilidad. Así cayó Manu en los brazos de esa menda y formaron pareja de amantes en todo iguales, hasta en el sexo.

Pero al poco apareció la gran diferencia que los separa sin remisión. Mientras el Manu auténtico, genuino, adora a su amado con obsesión enfermiza y podría llegar a dormir tirado en el suelo del umbral de su casa, arrastrándose como un perro, por si cayera alguna migaja que saborear, el otro, hastiado de amoríos y aventuras, con el corazón frío, helado de quien no conoce el amor, sino sólo el engaño, se ríe a carcajadas del dolor provocado *per transivit gladium (13)* a mi amigo y podría semejar que ni siquiera tiene conciencia del mal que promueve.

Y Manu llena su pecho vacío de un corazón extraído a la fuerza, con las lágrimas del llanto, la pena y el dolor. *Si est dolor, similis, sicut dolor meus (14)*, y se jura a sí mismo no pensar más en aquel a quien llegó a ofrecer ser *su puta* con tal de no perderlo. A mí también me hubiera gustado haber podido llegar a ser *la puta* de alguien que yo me sé, pero mi herida es ya muy vieja y no me molesta, sólo que comprendo a mi amigo y le dejo que se explaye conmigo en sus barroquismos y retruécanos amorosos a los que yo contesto con conocimiento de causa.

No soy ni hombre ni mujer, sólo soy una persona (25)



Los trabajos de Práxedes

El mayor valor de Práxedes en su trabajo está en su bondad, en su afán por ayudar a quienes se le acercan pidiéndole socorro. Se esfuerza tanto en la tarea que, normalmente lo consigue, a veces contra todo pronóstico, como el niño aquel de siete años que estaba tan desesperado cuando llegaba a la escuela, que aprovechaba todas sus fuerzas de niño obeso alimentado a base de hamburguesas *king size* para arremeter contra todo aquel que quisiera acompañarle al aula, primero con amabilidad, luego con compasión y por último a la fuerza.

Es entonces cuando el niño decidía emprender su defensa a patadas, empujones, tirones, puñetazos y hasta se daba con la cabeza, unos golpazos contra la pared que cambiaban la faz del más miserable de los herodes revientaniños.

Práxedes había elegido como profesión la orientación educativa, uniéndose así a algunos hermanos y amigos que tenemos también que ver con el mundo de la enseñanza y el aprendizaje.

Y en una de sus andanzas, pues nunca ha sido hombre de: yo pongo aquí mi culo y que me traigan una grúa, que no me muevo, apreció en *La Barrilla*, barrio lumpen por excelencia, donde conviven chatarreros con mercachifles y traficantes con delincuentes de las más diversas categorías, con gitanos que han sido relegados a ese ambiente insano por una cuestión de puro racismo, con algunas niñas bondadosas que se ocupan de la casa, de los hermanos pequeños y de arreglar los enchufes, mientras sus progenitores curran o chuzan o se drogan. Todos conviven con otros niños de ese barrio, que mueren en incendios.

O que se vuelven locos como nuestro niño obeso que estaba muerto de miedo porque su madre le sometía a torturas psicológicas haciéndole creer que la abuela fallecida se le aparecía para hacerle daño.



Daño, el que le hacía su padre violento a más no poder y como no podía con su mujer de más de cien kilos, la emprendía con el chaval, quien de forma muy inteligente supo apreciar que el cole era el único sitio donde lo sacarían de semejante lío y se propuso llamar la atención a toda costa, montando a diario un show nada recomendable como ejemplo en un centro educativo, pegando a quien se le acercara, incluido el jefe de estudios, que por otra parte era un bicho de los malos, un rastrero que recibió a mi hermana negándole la palabra y dejándola en el pasillo cargada como iba con dos supercarteras y varias carpetas de superorientadora y mirándola con desprecio y de soslayo.

Práxedes tuvo la mala suerte de toparse en aquel trabajo con ese tipo de personas maléficas a quienes yo llamaba rastreras y experimentó por vez primera en su vida adulta, el dolor a discreción y administrado por las buenas e impunemente.

Alzó las carteras y dijo:

- Cuando puedas, me gustaría dejar todo esto en algún sitio

El pavo aquel con cabeza de muñeco y cerebro de mosquito, dijo entre dientes:

- Sí, vamos.

Y entraron en otro edificio mucho más pobremente ataviado, donde en el primer piso se hallaba el *despacho de orientación*.

Era un cubículo de tres o cuatro metros cuadrados con una mesa que ocupaba la mitad del espacio y sobre la que se habían puesto cartones, papeles viejos, maderas con clavos salientes, alambres y así, casi hasta el techo. Sobre las sillas había más mapas, más papeles. Nunca había visto Práxedes tanto desorden, parecía de verdad que lo habían hecho a propósito y para fastidiar.

Eso nunca lo sabremos, pero lo cierto es que en los centros escolares los orientadores son mal recibidos porque los profesores los odian por envidia: por su estatus, por su sueldo, porque no dan clase y porque son *paquistaníes*, que significa ¿pa qué están ahí? Y Práxedes sacó su don a pasear y cuando el bicho aquel abochornado por la exageración que estaban presenciando balbuceó algo así como:

Ya supongo que querrás protestar y estás en tu derecho, así que escribe lo que sea y yo me encargaré de canalizar esa protesta...

Ya quería liarla, poniéndole en contra de quien fuera, era una trampa en la que Práxedes no cayó, sino que por el contrario dijo que estaba todo bien y se puso sin más dilación a recogerlo.

Se hirió con los alambres, se hizo sangre con los clavos, pero cuando el ricito volvió con una bayeta, la mesa estaba completamente despejada. La morralla arinconada estratégicamente, lista para ser evacuada y las sillas puestas en su lugar: una para la orientadora-



entrevistadora y dos para los padres, profesores o alumnos. Y con unas servilletas de papel impregnadas en jabón del lavabo que había al ladito, estaba limpiando la negra mugre que salía de aquella mesa.

¡Ay que ver! como está...y el ricitos con su Vileda le ayudaba al tiempo que buscaba palabras de excusa, pero Práxedes ya lo había calado y además, el guapín recibió su castigo:

Algún plato de callos a la madrileña que probablemente se comió en alguno de los días siguientes le debió sentar fatal, causándole una fístula y dolores, por los que tuvo que permanecer de baja durante un mes, tiempo durante el que respiró tranquilo, pues el director que era el verdadero jefe, le pareció guapo, listo y bueno, maestro entre los maestros y dejó que trabajara tranquilamente, sin prejuicios ni falsas expectativas.

Práxedes comenzó su trabajo con una entrevista a los padres del niño enloquecido y lo primero que recibió fue una amenaza:

- ¿Cómo es que no ha venido usted hasta ahora? ¿Es que no ve que esto es urgente? Va usted a ir a dar la cara con sus jefes.

- ¡Uy! sí, sí ya lo creo que es urgente, pero al no poder venir yo, mandaron a una sustituta y fue la directora del equipo (otra rastrera de las requetemalas) quien decidió prescindir de ella. Total, ¿Pa qué estamos aquí?



Y el tío cumplió su amenaza y además, la desinspectora en lugar de informarse fidedignamente, se acogió a los prejuicios de siempre. Menos mal que el caso se resolvió satisfactoriamente, aunque era difícilillo.

Entrevistó Práxedes a los progenitores, al niño, a la tutora a los directivos y tranquilizó al padre que estaba fuera de sí, diciéndole que él no era el culpable de lo que estaba pasando al niño, que llevaran al niño al médico, porque había nacido prematuro y con problemas y debía verlo el neurólogo. Al verse aliviados de la carga de culpa social, los padres respiraron, aunque seguían siendo igual de culpables.

Los médicos determinaron que el niño había sido convenientemente evaluado y le prescribieron valeriana. Por fin había un diagnóstico y un tratamiento y una amenaza velada escrita por Práxedes y subrayada en un informe para los padres, según la cual en esas condiciones, el niño no podía venir al cole.

Para que pudiera seguir asistiendo a clase con normalidad, la madre dejó de torturar al niño con aquellas historias de fantasmas y el niño mejoró en quince días gracias a la sabia actuación de *la paquistaní*, a las gotas mágicas de valeriana y la oportuna separación de la pareja de hecho. No más palizas, no más fantasmas y el niño como una rosa.

Pero los profes no sabían nada de todo esto y la pobre tutora cuando veía aparecer a Práxedes con su varita mágica curaniños locos, le miraba con los ojos muy abiertos, como si hubiera visto una aparición.

Esta fue la entrada triunfal de Práxedes en aquel centro conflictivo, donde consiguió el respeto de los profesores, al contrario de lo que suele suceder a psicólogos, pedagogos, sociólogos, trabajadores sociales y ese tipo de profesionales que no dan clase ni gastan tiza

Y siguió con su duro trabajo atendiendo y consolando a padres de niños con síndrome de Dawn, niños esquizofrénicos, niñas-madre que debían ocuparse de sus hermanos pequeños y de la casa, mientras la madre adulta trabajaba y se ganaba un sueldo, niños que aprendían despacio, gitanitos y gitanitas que no querían estudiar por miedo a las trifulcas y acosos.

Así se lo explicaron los padres de Josué, un chaval de doce años que debía seguir sus estudios básicos hasta los dieciséis y que con mucha sorna y simpatía daba largas a Práxedes:

- *Mira primo, que éste es el profesor del instituto, que vamos a ir a verle aluego, dentro de un ratito*



Él y sus primos dejaban siempre plantado a Práxedes, hasta que tomó la determinación de convocar y entrevistar a los familiares, para aclarar la situación.

El día que conoció a la familia de Josué, Práxedes se había dejado su varita mágica encima del piano, por lo que decidió observar mucho, mirar y escuchar con ojos y orejas bien despiertos, desplegar las antenas que no tenía y de esta forma preparada, recibió al grupo gitano.

¡Qué hermosura, por dios! ni *La Sagrada Familia* que hubiese pintado Velázquez habría sido poseedora de tanta belleza. Una familia viva, en estado puro, una familia autóctona y sin embargo distinta. Qué soplo de aire fresco. La madre guapa, vestida con faldón largo y corpiño marcando la cintura, teñida de rubio y peinada con primor como se peinan las gitanas cuando se arreglan, con sus alfileres y horquillas, ni un solo pelo salía fuera del entorno de su melena, con pañuelo de vivos colores al cuello y un grueso anillo de oro en el dedo índice, traía un bebé amorosamente recogido entre sus brazos. El padre, ese hombre guapo como él sólo, varonil, sencillo y discreto, emanaba autoridad sin necesitar decir una sola palabra.

Moreno de verde luna, anda despacio y garboso, sus empavonados bucles le brillan entre los ojos (16)

Práxedes les pidió que se sentaran y miraba absorto la escena, el cuarteto, la familia. Y como había decidido observar sin que se le pasara detalle, los miró como quien mira una obra maestra: *Deus sive Natura* pensó maravillado. Claro, cuanto menos se aparta el hombre de la naturaleza, más se acerca a la perfección.

Y el niño se despertó y miró a su madre pidiéndole leche, sólo con la mirada, como me piden a mí mis gazapitos su comidita, con la mirada. ¡Ay! cómo hablan los ojos de los seres naturales

La madre descubrió su pecho ni grande ni pequeño. El pezón pigmentado, como suele ocurrir cuando se está alimentando a los hijos, desapareció en mucho menos de un segundo en la enorme boca del bebé, quien tenía en su cara el reflejo de lo que sería la felicidad más completa y así permaneció durante un rato, mientras la madre conversaba y se expresaba con fluidez.

El padre vino a decir que estaban dispuestos a colaborar en lo que hiciera falta, pero que su hijo no quería ir al instituto por miedo a los insultos de los compañeros o a que le faltaran y que como era un rapaz de mucho carácter, tenía miedo de meterse en líos por defender su honra y era él mismo quien prefería quedarse con sus padres a trabajar en la chatarra.

Práxedes los comprendió muy bien y vio que sabían lo que querían. Como no se había traído la varita, ni intentó convencerles para que continuaran la escolarización. Tan sólo recordó a los padres que el niño estaba en edad de estudiar y que no olvidaran que en cualquier momento se podían retomar los estudios en diversos centros educativos y que no dudaran en acercarse a cualquiera de ellos para pedir orientación en el momento que la precisaran.

Con parsimonia y distinción saludaron los gitanos a Práxedes y se marcharon. Y él quedó encantado al ver una familia bien avenida, unida por los lazos del cariño, sencillos y felices, al contrario que la mayoría de las familias de los otros niños del colegio, quienes sí que irían al instituto para cursar La Enseñanza Secundaria Obligatoria.

Lo peor viene ahora, cuando os cuente cómo el joven y discreto Práxedes se vio obligado a denunciar la mala praxis pedagógica que había observado en un aula referida a un niño, casi un bebé, de tan sólo tres años recién cumplidos.

A Práxedes le partieron el corazón y todas las vísceras y estuvo a punto de morir de dolor físico y de pena, penita.

Animam meam dilectam tradidi in manus iniquorum, et facta est mihi hereditas mea, sicut leo in silva.

Dedit contra me voces adversarius, dicens:

Congregamini, et properate ad devorandum illum: posuerunt me in deserto solitudinis, et luxit super me omnis terra.

TR: Mi alma fue traicionada y puesta en manos de los malvados y me despojaron de mis riquezas permaneciendo como el león en la selva. Voces adversas se alzaron en mi contra diciendo: Vayamos todos y llevémosle a ser devorado. Me relegaron al desierto de la soledad y toda la tierra lloró por mí. (32)



Todo empezó cuando una rastrera de cabellera rebelde y aspecto desenfadado hizo una solicitud para que el *Departamento de Orientación* interviniera con un alumno de su clase de tres años.

La nefanda se empeñó en querer demostrar que el niño, rubito, pequeñín, el más pequeño de la clase, era *discapacitado psíquico ligero*, para incluirlo en un programa educativo especial y librarse de él unas horitas, todo porque el niño casi bebé, se hacía caca a veces, sobre todo si no lo atendían.

Pero al niño, quien a simple vista estaba sano por fuera y muertito de miedo por dentro, la rastrera lo llevaba a empujones y tirones de brazo y se lo hacía pasar tan mal, que el pobre se cagaba y entonces ella, mirando a Práxedes, que estaba allí de observador por una sola vez, le decía por medio de gestos y aspavientos:



-¿Ves? no hay manera con él

Y la muy animal tiraba del niño para llevarlo al váter, no a limpiarlo, sino que lo dejaba sólo, hasta que cualquier otro niño decía:

- Que Jaime está llamando.

El pelo rubio de Jaime se movía al compás de los meneos que la profesora le metía y su cara de bebé horrorizado, con los ojos abiertos y secos es algo que Práxedes no podrá olvidar nunca.

Estaban todos los niños sentados en semicírculo y en el suelo y la rastrera comenzó a hacerles preguntas debidamente estudiadas y organizadas, para que Jaime siempre quedara mal y conseguía que todos los demás niños se rieran de él.



- Esta mujer se piensa que estoy ciego, sordo y mudo, decía para sus adentros Práxedes.

Jaime recibió una colleja del niño que estaba a su lado, que era tocayo suyo.

- Oye, que están pegando a Jaime. Musitó Práxedes

- ¡¡Jaime, ven aquí!! Gritó la rastrera haciendo temblar el espacio y el tiempo.

Y Jaime se aproximó con temor, pero pásmate, no el Jaime culpable, el grandullón, el acosador y malamoña enchufado, sino el chiquitín, el que había recibido una de las quinientas mil collejas que llevaba en el curso.

Él debió pensar: *ya está si van a regañar a un Jaime, es seguro que ese Jaime voy a ser yo.*

Lo tenía ya como algo natural, como algo que le iba a acompañar durante toda la vida, como algo propio de allí, de la clase aquella en la que una rastrera desdichada maleducaba hasta los límites de lo irracional a aquellos niños tan pequeños.

- Pero ¿Y tú por qué tienes que venir, si se puede saber? le dijo agriamente al pequeño y el niño sorprendido por haberse librado por una vez, volvió a sentarse.

Se quedó Práxedes mirando al Gran Jaime que no hacía ademán de levantarse pues estaba aprendiendo para *diez*, que a determinadas personas se les podía maltratar impunemente y saltó diciendo desafiante:

- Es que tenía una mosca en el cuello.

No había ni media mosca en el aula y la rastrera le miró sonriendo y casi riendo al decir:



Hay que ver, qué chicos, cómo son, qué excusas y no dijo más.

Y ante la sonrisa reforzadora de su mala conducta, el Gran Jaime se quedó sentado en su sitio como si tal cosa y tan campante y los demás niños lo admiraron y tomaron como ejemplo.

¿No entendéis cómo se está dando cada vez más el acoso entre compañeros? Pues aquí está la explicación bien clarita. (Aunque nadie como Nietzsche y Goya para explicar los rebuznos de quienes se creen sabios maestros) : *IA, IA*.

Maestros, educadores, padres y gentes rebuznadoras que alientan a los violentos y propician la existencia de víctimas ya a unas edades escandalosamente tempranas, que se niegan a ayudar a los casi bebés en las cuestiones del aseo y que los ridiculizan con tratos inhumanos, hasta convertirlos en el germen de lo que después llegarán a ser si nadie lo remedia: Alumnos acosados, perseguidos hasta la muerte en la Escuela Secundaria. Espero con toda mi alma que Jaime no termine con su vida en algún curso de la adolescencia, o malherido por sus propios colegas.

Práxedes no dictaminó que Jaime tuviera necesidad alguna de entrar en el programa de integración, pero tampoco escribió al director o a la desinspectora las impresiones que había recogido en la observación de aquella clase, a sabiendas del poco o ningún caso que le harían.



En la siguiente reunión pedagógica, las amebas y amebines. (*Ameba/amebo: persona sin criterio que sólo defiende su interés personal, fingiendo que es un interés comunitario*) que allí había intentaron presionar a Práxedes para que modificara su informe en cuanto a Jaime. Aquello hizo saltar todos sus dispositivos morales, afectivos y psicológicos y el que le tocaran las narices de aquella forma tan burda, provocó una declaración *cuasi* formal de lo observado, en detrimento de la titular de la clase del niño y claro, como suele ocurrir en estos casos, la consiguiente identificación de todos cuantos se sentían implicados.

Se picaron, como quien come ajos, saltaron, respingaron y alguna de aquellas amebas sin cerebro, insultó, descalificó y amenazó a Práxedes, quien aguantó el tipo hasta llegar a su despacho, donde pudo desahogarse con una compañera comprensiva que quiso acompañarle, ¡Menos mal!



Pobre Práxedes, le subió la tensión hasta arribita y su corazón grande porque sí, se empequeñeció ya para siempre. Era cuestión de supervivencia.



UNA MADRE ADOLESCENTE EN CASA DEL PROFESOR

- Rosina, ¿pero qué traes? Hola, no te esperaba... Cómo vienes.

Rosina es una adolescente indígena, morena, trabajadora sin papeles. Estuvo en nuestra casa un tiempo hasta que súbitamente dejó el trabajo y se marchó casi sin despedirse. Le di 1000 euros, aunque no estábamos sobrados, pero vi en su cara una expresión angustiada y pensé que las penas con pan son menos penas. Y a los pocos días apareció pálida, demacrada y con unas ojeras negras que me asustaron mucho. Tomé en mis brazos el bebé que traía, las bolsas y lo dejé todo encima de la cama de matrimonio. Después fui a por ella y la metí en la cama de mi hija Verónica, la princesa del Katmandú. Mientras ella dormía me encargué del bebé y de la ropa, toda sucia de sangre.

-Ésta ha parido vete a saber dónde, pensé.

El bebé estaba del todo sano hasta lo que yo podía intuir sobre el asunto, que no era poco. Y tenía pocos días, quizá pocas horas... Rosina durmió mucho tiempo, y yo pude armar la cuna de mi última hija y sacar la ropa ya olvidada y guardada en una bolsa de plástico. Después decidí dar al lactante un biberón con tres centilitros de leche maternizada que encontré en la bolsa. Se los zampó con fruición y me pareció que era mejor no llevarle al hospital de momento. Iríamos al pediatra de cabecera y al médico para Rosina...

Ella se despertó a primera hora de la tarde y cuando entré en su habitación, la encontré llorando. Pero Rosina es una indiecita fuerte y no se arredra por una minucia, como es haber parido ella sola en el bidet de la habitación de un hotel de tres estrellas que había reservado el día anterior al parto, cuando las contracciones ya habían comenzado...

Según me contó, al notar que el nacimiento de su hijo se acercaba, relleno el bidet con las toallas del hotel y preparó un hueco bien mullidito, se sentó y empujó fuerte. El niño no sufrió: antes de querer darse cuenta vio la luz del cuarto de baño y a su madre-niña mirándole con mucha atención. Ella comprobó que estaba entero y sano y lo envolvió en la sábana de arriba, mientras cortaba pañales con la sábana de abajo.

Y así permanecieron tres días en aquella habitación, mamando él, haciendo la colada en el lavabo ella, con el cartel no entry puesto en la puerta. Rosina se comió todas las almendritas y se bebió todo lo que había en el frigorífico y aunque tenía teléfono, no llamó a nadie. Estaba muy concentrada pensando en su presente y su futuro y en amamantar y asear a su hijo. Al despertar el cuarto día, echó cuentas y vio que no podía quedarse más, así que colocó la colcha que había permanecido limpia, se arregló el pelo y se puso su vestido sin manchas. Metió por este orden en la bolsa grande de imitación de cuero las toallas y sábanas ensangrentadas, los pañales y camisitas que había cosido como pudo para el bebé, luego colocó al propio bebé en la bolsa, como si ésta fuera un canastillo, cerró la cremallera hasta la mitad e introdujo la leche y el biberón en los bolsillos laterales, cogió su bolso y en recepción pagó con rapidez su estancia, llamó a un taxi y se presentó en casa.

-¡Vaya aventura Rosina, hija! Si apenas hace unos días estabas aquí, con nosotros, tan tranquila... ¿Pero por qué no dijiste nada, cómo te pudiste marchar en esas condiciones? Vamos, el susto que nos has dado.

- Es que no quería que me ficharan en el hospital. Hasta que no tenga mis papeles, no estoy segura de nada... Y si al niño llega a sucederle algo o me lo quieren quitar, no quería comprometerme. Menos mal que está sano y salvo.

Y se quedó muda, sólo tenía ojos para su bebé.

Ella no comprendía que estamos en un país que no castiga a ningún tipo de mujer por tener un hijo: sólo le quitan el hijo a las toxicómanas o alcohólicas, a las enfermas mentales, a otro tipo de enfermas, a las mujeres solas, con poco dinero y muchos hijos, a las perezosas, a las amigas de las pastillas, a las mujeres de mala vida, a las reclusas, a las que no tienen para pagarse una clínica privada, a las que se esfuerzan por que su crío no resulte dañado o muerto por su propio padre. Respecto a esto tampoco se ha hecho mucho que se diga por los derechos de la mujer.

-En diez días me reincorporo al trabajo, señor. Voy a sacarlo adelante. Llevaré al nene a una guardería y trabajaré.

Rosina se quedó con nosotros diez días y al undécimo, desapareció del mapa. No quería involucrarnos en nada que estuviese al margen de la ley o que lo rozase de cerca, según creímos entender en una nota mal escrita que nos dejó. Aún así, anotó también el teléfono móvil que usaba para responder las llamadas de personas de su confianza. Ella estaba siempre alerta, yo lo noté perfectamente cada vez que la llamaba para preguntar cómo estaba y si necesitaba algo. El señor es demasiado bueno, me decía y luego me iba contando cómo evolucionaban ella y su hijo y en sus relatos yo podía percibir la madurez y el instinto que demostraba a su edad.

Con el dinero que le di había alquilado un estudio en una urbanización burguesa, donde poder encontrar fácilmente trabajo como asistenta. Tuvo que entregar lo correspondiente a tres meses de alquiler, pero el estudio era luminoso y amplio, estaba nuevo, limpio y amueblado con gusto y yo me presté a llevarle hasta allí la cuna y todos los enseres que necesitaba para su niño.

- Tampoco era necesario que te vinieras a vivir tú sola...

Cuando el cholito tenía ya dos o tres meses, ella buscó una escuela infantil cerca de su domicilio y además encontró tres o cuatro casas donde trabajar de mañana por horas a ocho o diez euros cada una. Sacaba doscientos euros cada semana y con eso tenía lo justo para el alquiler mensual y la comida de ambos. No gastaba en transporte, ni en médico, ni en guardería, ni en ropa, apenas gastaba luz, agua y calefacción. Iba a todos sitios andando ella sola o con su bebé en el coche calentito que había heredado de nuestra hija.

Pero mi mujer no podía soportar imaginarse la soledad y falta de apoyo humano de ambos niños y me obligó a ir a buscarla y traerla a nuestra casa, donde ganaría un sueldo de media jornada y tendría todas las comodidades para criar y educar personalmente a su hijo, además el niño también necesitaba ser inscrito. Dicho y hecho, Rosina está con nosotros y vive sana y feliz con su hijo. Nos quiere y la queremos. ¿Qué más podemos pedir?

Aquí me tenéis ya maduro y bien situado. Con familia numerosa, casa, perros, conejos y todo lo que cualquier hombre pueda buscar en una vida que podía haber sido mejor y también muchísimo peor. Soy un profesor de los de toda la vida, con mis preocupaciones pedagógicas, dentro de lo que se puede considerar normal, con sus disgustos profesionales, muchos de ellos sobrevenidos por mi talante poco diplomático y con una vida interior bien y una vida privada también bien.



Un día Rosina estaba lavando unos zapatos míos, de esos de los buenos, de piel y sonreía al tiempo que negaba con la cabeza.

- ¿Dónde se habrá metido el señor Don Praxe para traer los zapatos de esta forma?

- Y ¿dónde te metiste tú con tus zapatos azules?, dije con mueca socarrona.

- Y usted ¿Qué sabe de todo eso?

- Yo sé muchas cosas de ti, aunque reconozco que el embarazo lo tapaste bien ¡Eh! No te había notado nada, si no, puedes estar segura que las cosas hubieran marchado de otra manera.

Estando embarazada de siete u ocho meses tuvo que ir al hospital, pasándose por una amiga, (aunque no tenía necesidad de mentir, pero sí mucho miedo) para que le hiciesen un análisis de orina y alguna otra prueba, porque el médico se temía una infección seria de riñón.

- Mira que te tengo dicho que te tapes, ahora mira la que te has pillado

Manía de ir enseñando el borde de la braga y un trozo de barriga. A nosotros de jóvenes, también nos gustaba llevar la contraria en el vestir, pero yo los agujeros del pantalón los llevaba en una pernera, que es mas sufrida. El caso es que Rosina se puso un vestido azul sin marcar el vientre, a juego con sus zapatos y salió a la calle en busca de un taxi que la llevase al Doce de Octubre

Estaban haciendo unas obras justo a la salida de casa. Unas obras de construcción de un pequeño parque donde hasta entonces sólo había existido un solar embarrado lleno de coches anárquicamente aparcados a la sombra de algunos sauces japónicos.

A la salida del barrizal que por entonces estaba seco por la falta de lluvias, los obreros habían comenzado ya a construir una pequeña escalinata y una rampa, Rosina no se conocía las novedades y antes de poder ser advertida por uno de los que allí trabajaban, quien se quedó parado en su amago informativo, Rosina se había metido en la rampa recientemente cubierta con una mezcla de barro y yeso que se quedó pegado a los zapatos azules transformándolos en albarcas grises.

¡Madre mía! En lugar de volver a casa y cambiarse, Rosina decidió que no tenía tiempo y buscó unos papeles en el bolso. Con ellos se quitó lo gordo, pero los zapatos tenían un aspecto penoso y ella no quería de ningún modo entrar así en el hospital.

- ¿Qué van a decir los doctores? Pensaba ella que no quería llamar la atención bajo ningún concepto. Así que entró en una droguería y pidió una esponja para limpiar los zapatos.

- Sí, ésta es muy buena, acaba de salir al mercado y limpia y abrillanta los zapatos aunque estén muy sucios.

Ella pagó y llamó a un taxi, se le hacía tarde para la cita del doctor y dijo al taxista que fuese ligero, porque estaba mala y tenía que verla el Doctor. Y cuando el taxi hubo arrancado en la dirección indicada, ni corta ni mucho menos perezosa, se quitó un zapato y empezó a darle lustre con firmeza y cuando estaba terminando con el segundo zapato y había dejado el suelo del taxi manchado de granitos de tierra, el taxista que no dejaba de contemplar la curiosa escena por el retrovisor, saltó diciendo:

- Mire Usted que he visto cosas raras, porque yo aquí en mi taxi he visto absolutamente de todo, pero esto de venir al taxi a limpiarse los zapatos, mire usted, se lo juro por mi madre que no lo había visto nunca, vamos que tiene miga la cosa, cuidadito cómo me está usted poniendo el suelo. Mire, porque yo a una mujer enferma no la dejo tirada así como así, pero se lo hubiera tenido usted muy bien merecido.

Rosina no es mujer de sonrojarse y sí de disculparse y salió airosa del trance consiguiendo que el taxista la dejara justo en la puerta misma con una sonrisa.

-Hala, que le vaya bien

-Gracias, muchas gracias, dijo ella entrando con los zapatos azules bien limpios, a juego con su vestidito.

Y mira por dónde ahora me ha pillado a mí con las manos en la masa, con mis zapatos marrón claro, recién comprados, fabricados con una piel que es un chollo, porque desde el mismo instante que te calzas, se adapta a tu pie con una suavidad que te habla de los verdaderos adelantos de la humanidad en los países ricos.



Yo llegué a casa haciéndome cruces por que no hubiera nadie y así poder meter los zapatos bajo el grifo sin compasión por el animalito que tan generosamente me había cedido la piel, pero

estaba Rosina y cuando los vio, me dio rápidamente las zapatillas y me dijo que no me preocupara, que ella los dejaría otra vez nuevos y mi vergüenza aumentaba a medida que iba recordando lo que había pasado. Digno hermano y emulando a Óscar y a Merceditas, salí de mi trabajo en barrio nuevo, para dirigirme a nuestra kelly recién estrenada, donde siempre al llegar, flipaba un rato por la belleza del paisaje que puedo ver desde mi salón, desde mi jardín y desde cualquier habitación de esta casa mágica. Y como el jardín estaba el pobrecillo todavía sin césped ni árboles, ni flores y acababan de plantar un montón de especies botánicas en aquel parque, pues pensé que los cepellones no habrían arraigado fuerte y que la tierra blandita me permitiría hacerme con alguna que otra planta. Así que sin poder contenerme, dejé el coche aparcado al borde del parque y el maletero entornado para meter las plantas y salir jalando virutas. ¡Pero no es oro todo lo que reluce! hundiéndome un poco más de la cuenta en el barro, agarré una preciosa planta de hojas rojas, que tenía unas espinas a prueba de ladronzuelos de poca monta, mecachis en la mar, esa de allí no falla y amparándome en la soledad que me proporcionaba la lluvia templada que caía copiosa, trinqué romero y manzanilla y me propuse coger una planta cuajadita de flores blancas, bellas para mi jardincito. Y ahí me hundí hasta los calcetines, salí del barrizal haciendo un esfuerzo y saqué unos pies que parecían los de la estatua de Stalin, de lo grandes que eran, Los zapatos ni se veían, sólo una gran bola de barro marrón claro, el color sí era el mismo.

Y para colmo, cuando regresaba hacia el coche con mi botín en las manos, (el romero y la manzanilla) se cruzó conmigo un joven bermejo quien también desafiaba a la lluvia otoñal y con una mueca que denotaba algo de ironía teñida de reprobación, me dijo:

- Venga, que hay que favorecer el chalet...

-¿?

¡Vaya qué perspicacia, fíate y no corras! pensé

Y guardé *mis* plantas en el maletero, lo cerré a toda prisa y me metí en el coche dejando los zapatos fuera. No sabía qué hacer, probé a pisar los pedales del coche con los calcetines mojados, pero me era imposible conducir así. Anduve con mis zapatos en las manos hasta un charco de agua clara, donde con un guante de los de arreglar el coche, les quité la mayor parte del barro y se quedaron mojados, pero usables, Me quité los calcetines empapados y me puse mis rezumantes zapatos de piel buena, Así conduje hasta casa, con tres palmos de narices y la promesa íntima de no volver a robar plantas ni ninguna otra cosa, a no ser por causa de fuerza mayor.



Quotidie apud vos eram in templo docens et non me tenuistis. (1)

Tr: Estuve cada día junto a vosotros enseñando en el templo y no me detuvisteis

ÓSCAR



No sé muy bien quién, ha dicho que de los muchos hermanos que somos, Óscar es el segundo menos trabajador, después de no sé cual.

Ahora resulta que el bueno de Oscarcito tiene un bonito segundo puesto en el rankin de los vagos ¿y maleantes?. De esta mala valoración hacia Óscar, no teníamos ni idea vamos, pero ni noción. ¡Si se fue de casa con 21 años y nunca ha tenido que pedir nada, ni le ha dado sablazos a nadie!

Y además ¿quién puede saber lo que trabaja o deja de trabajar, si no se comunican con él más que para decir hola y adiós?

Mecachis en diez ¿quién habrá sido la mala pécora que anda hablando mal de los hermanos a sus espaldas y metiendo cizaña a mis viejos que ya no están para que les demos disgustos? claro que como dice Antonio, para darlos, mi padre está superior. Con su pan se lo coman y a los cotillas envidiosos que les nazcan trillizos, no, mejor quintillizos, igual que mis gazapos, que por fin han salido de su madriguera, pequeños, perfectos, corriendo como flechas a sus tres semanas de vida.

Y yo que pensaba que se habían ahogado por las lluvias torrenciales de los días pasados. Ay, qué alivio cuando he visto al primero mirando con su cara chulita. *Aquí estoy yo*, parecía que andaba pensando.

Y claro, donde ha sobrevivido uno, han sobrevivido más y hasta ahora que yo haya visto, tenemos cinco de Susi, más los cuatro de Pirracas que ya están gordos de tanto mamar. Y yo tan contento, pienso que algo llevo en la sangre que me hace feliz al ver tanto gazapo junto.

En el fondo lo de mis padres, que criaron tantos y tantos hijos, es también comprensible y hasta encomiable, aunque a muchos les parezca una barbaridad.

¿Por qué me alegro cuando nacen mis gazapitos, si luego no voy a poder atenderlos personalmente a todos, sino que los tengo que colocar, regalándolos o vendiéndolos? A ver quién me responde, porque a algunos, hasta les pongo nombre y luego, sus nuevos dueños, se lo cambian. Que yo sepa, mis ancestros no han tenido que regalar o vender a ninguno de sus hijos.

Son misterios de la vida que no sabemos qué tiene, pero que nos encandila y así, burla burlando, este menda ha llegado a criar junto a su mujer a cuatro hijas *de merveille* que no sé de dónde pueden haber salido. Ellas dicen que de la barriguita de su mamá y doy fe que así ha sido, porque estuve presente en todos los partos. Lo que no entiendo es cómo portando mis genes pueden ser tan totales en todo. Prefiero no seguir pensando en ellas, porque se me va la cabeza...

Óscar, como era de esperar estaba disgustado y me ha contado todo cuanto bramaron contra él como quien no quiere la cosa: *que si todos tus hermanos van por delante de ti, que si estás majareta, o mejor dicho: de psiquiatra.*

Creo que ésta, *-estar de psiquiatra-* es la auténtica descalificación personal en nuestra cultura, es como una enmienda a la totalidad, es como decirte: *habla chucho, que no te escucho*, total, para qué van a escuchar a un pobre loco, si nunca va a tener la razón, porque la locura, como todo el mundo sabe es la sinrazón.



El bueno de Óscar no ha tenido más remedio que dar su brazo a torcer y aparecer en la casa paterna con la cabeza bien alta y la moral un tanto descafeinada, pero los padres tiran mucho ¿Por qué será? y además están ya cansados y no pueden ni tienen por qué aguantar broncas. ¡Ánimo, Óscar! Según parece, estaba el muy perezoso trabajando, cuando de pronto se acordó de su pobre madre que se había quejado amargamente de lo poco que

los visitaba, y se dijo: ¿por qué no hago una escapadita y les compro alguna chuchería y luego voy a visitarlos? Y se fue sin ser visto o quizá habiendo



sido visto y fichado por la conserje chivata. ¡Qué más da! Una madre es lo primero y un padre, lo segundo, aunque te fastidien sin darse cuenta.

Cogió el coche, lo sacó de su plaza y dio un par de vueltas por el barrio para ver si encontraba unos chinos y como no los veía, se metió por dirección prohibida en aquellas calles, famosas por la vigilancia policial de tráfico que consigue multas al pormayor.

No contento con su hazaña, se subió a una acera para aparcar de primera: contra corriente y tapando el paso a los peatones, ganándose por ello una mirada reprobatoria de un comerciante que no se creía lo que estaba viendo.

Pero Óscar, poniendo cara de niño bueno, lejos de darse por aludido, le preguntó:

- Oiga usted, ¿sabe por dónde hay unos chinos?

El comerciante pasmado, le dio unas indicaciones y Óscar salió corriendo al tiempo que el de la tienda, cerraba por si acaso.

Óscar buscaba algo bonito de cerámica para su madre, pero esa tienda no era ni mucho menos lo que él quería, porque según mi hermano, hay chinos que son una pasada y otros no tanto y luego están los bazares que intentan, sin conseguirlo, imitar a los primeros, a los auténticos y el mérito es que Óscar sabe todo esto habiendo visitado este tipo de tiendas no más de veinte veces en su vida, que tampoco es tanto. Se le hizo tarde a Óscar buscando entre todos aquellos objetos sin sentido y salió a la calle.

Allí dio varias vueltas sobre sí mismo hasta comprender que estaba del todo perdido. Súbitamente escuchó una voz familiar que le preguntaba:

-¿estás mareado?

-Uy no qué va, estoy buscando mi coche, que lo tengo un poquito mal aparcado y no sé dónde.

La discípula de mi hermano le pidió alguna pista para poderle ayudar:

-Ah sí, mujer: había una tienda donde vendían esas copas o copones que les dan luego a los deportistas, ¿Sabes lo que te digo?

-Bueno... No sé, pero vamos por aquí, dijo Rosarito sabiendo perfectamente hacia dónde iban.

Llegaron enseguida y Óscar se admiró de lo mucho que cantaba el coche amarillo chillón *malaparcado* en el sitio aquel

-Mira, profe, ahí está la tienda de trofeos (y dijo la palabra en voz alta para que Óscar la aprendiera de una vez).

- ¡Ay claro!, eso es lo que yo quería decir, buf, qué cabeza

-Anda, que te llega a ver la poli y te mete un paquete que hasta de muerto te ibas a seguir acordando. Y digo yo que para qué has sacado el coche de tu plaza con lo bien que lo tenías ahí.

-Bueno Rosarito, si no es por tí...

Y Óscar el pasado de rosca arrancó el coche dirigiéndose a casa, porque había perdido todo el tiempo que se había tomado gratis por primera o segunda vez en su vida y ya era muy tarde. Por el camino mi hermano se iba preguntando cuál de los dos era el verdadero límite, si su avispada alumna *borderline* o el pedagogo educador demasiado despistado y un poquito transgresor, o sea, él mismo.

El día siguiente, Óscar regaló a nuestro padre cuatro figurillas de Belén, representando otros tantos trabajadores:

-Toma papá en premio a tu amor al trabajo.

Pero lo dijo de buena fe y sin retintín, lo dijo en serio, como sólo los Pérez sabemos ponernos: a veces, demasiado serios.

A nuestra madre le dio una botella de cristal azul ultramar y también muchas caricias. Ella dijo muy bajito:

-Son de los chinos, ¿verdad?

-Bueno, sí, pero de los buenos. Dicen que por la tarde mamá se había levantado y también se había arreglado y peinado y que estaba mucho mejor de la gripe.



REBECA

QUERIDO HERMANO:

Hola Praxe, ya sabes que estoy lejos, pero tan lejos que no sé dónde. No es retórica, es que de verdad me he perdido y aunque no tengo buzón donde colocar la misiva, voy a utilizar una de mis palomitas mensajeras, voy a utilizar a Miki, por si pudiera encontrarte y llevarte mis *impresiones e ideas* como decía Hume, (40) ¿Te acuerdas en clase de Filosofía? el pitorreo que nos traíamos con el glorioso Falfes que en gloria esté o en su defecto, que viva feliz al menos.



Si Miki te llega, haz el favor de intentar recuperarme porque estoy en la Sierra Majara y me estoy volviendo loca en esta aventura que me desborda, cuando yo lo que quería era únicamente quería investigar.

Por eso me he venido: Quería hacer un reportaje fotográfico de esos de *una imagen vale más que mil palabras* y tengo un álbum muy interesante, con unos tipos raros estupendos todos. Estupendos, para mi trabajo, porque desde luego para ellos es una tragedia lo que están pasando.

No sé si será verdad que aquí se halla el germen de los males que aquejan a nuestra cultura, pero si no es el germen, algo extraordinario sí es. De momento, nada más llegar te desorientas y te pierdes, luego empiezas a ver cosas raras y gente loca. Y los fangos que pisas te transportan a la fuerza y a una velocidad de vértigo a lugares opuestos a tu meta. Aquí están amargados, como en Madrid, pero a lo bestia. No te dan la más mínima oportunidad y como caigas mal, te puedes ir corriendo, porque te machacan con sus enormes bastos, como si fueran paleolíticos.

Los amigos no son de fiar: unos se drogan, otros se obsesionan y en general la amistad se usa para agredir a tu *amigo*, por no poder hacerlo con la persona que odias o que te ha hecho una faena. Es más fácil, porque al amigo lo tienes cerca. Es más pulcro, porque no hay juicios ni pleitos. También es más conveniente, porque el amigo siempre te va a tratar mejor y si pierdes el buen amigo, no importa, porque hay mucha gente a quien engañar y a quien manipular. Los compañeros se odian muy sinceramente, pero tratan de ocultar su odio tras el telón aterciopelado de unas relaciones de dominio, dignas de los chimpancés menos avanzados que los bonobos tan solidarios.

- ¡Chsss, chsss!, te dicen con una sonrisa de oreja a oreja, si son los jefes-jefes y si son súbditos que han trepado un poco, te lo dicen a gritos, cuando no te insultan y te

humillan. Como digas una palabra más alta que la otra, se te cae el pelo. Todos buscan su hueco en torno, o mejor, al lado del jefe o de la jefa. Aquí las mujeres son tan brutas como los varones o viceversa, la pelea es lo normal y la paz la excepción. Los niños pequeños no reciben apoyo suficiente, viven o sobreviven como hierbas en el monte. Incluso los bebés pueden llegar a ser descuidados y maltratados. Algunas madres los sueltan con brusquedad en cualquier sitio si encuentran la ocasión propicia, aunque sean muy pequeños, guapos y graciosos. Algunos padres enloquecen gritando y atemorizan a los pequeños ojerosos de angustia. Muchas veces también los azotan con algún artilugio a modo de látigo. Y sin embargo, a pesar de no hacer mucho por ellos, las madres se quejan si sus hijos no son todo lo guapos, listos y espabilados para ganar dinero que ellas habían fantaseado y algunas pasan el rato colocando en su mente enferma a sus hijos, por orden de preferencia según valía. Claro, que no hay criterios, ni objetivos consensuados para definir los valores. Los viejos tienen mal genio, pero elevado al cubo por lo menos: se creen con derecho a insultar, descalificar y hacer enmiendas a la totalidad a todo bicho viviente en nombre de su sacrosanta ancianidad y en su religiosidad que les pertenece como si fuera un tesoro enviado por dios. Los hermanos no sólo se odian, sino que se pegan con total y absoluta naturalidad, aunque no sean ya niños. Eso sí, siempre pasa que es el grande quien golpea y maltrata al pequeño en una tierra de cobardes, malas personas, que tienen leyes pero ni las necesitan, ni las quieren. La palabra respeto hace tiempo se cayó de su diccionario.

Este es en resumen el panorama humano y social de esta tierra de la que no sé salir y en la que entré sin darme cuenta por un resbalón. De momento no creo que mi pensamiento haya sido afectado, pero me siento sola, incomunicada y no sé dónde dirigirme. Te mando un beso amoroso por si no volviera a verte.

Tu hermana Rebeca

II

¿Quién demonios se encargó de asignarme a esta familia con tantos hermanos y hermanas? Es que no gana uno para disgustos. Menos mal que conozco a Rebeca y sus exageraciones, porque de lo contrario hubiera tenido que salir corriendo en busca de ayuda ante tan alarmantes noticias, pero a ella le gustan las aventuras y de un granito

saca un árbol con suma facilidad, así que esperé tranquilamente a su vuelta y ahora me dispongo a contaros lo que trajo junto a su equipaje, forjado en su imaginación algo desbordante: unas vivencias extrañas, sobre todo en la geografía.

Con las historias que Rebeca le contó al regresar de su aventura, mi hija adolescente escribió un trabajo escolar que le habían pedido en el instituto:

Ya habéis visto cómo mi querida tía Rebeca, periodista de profesión, se perdió una vez



en un territorio de cuento de hadas perversas, donde apareció para probar una apuesta con sus colegas periodistas. Le dijeron que no se atrevería a pisar las hectáreas de tierra de la así llamada Sierra Majara, muy cerca de la sierra de Madrid. No todos la encuentran, ni adentrándose en la más próxima de *las siete revueltas*, pero Rebeca pisó una piel de plátano de las del oso Yogy y apareció allí donde debía realizar su reportaje.

Cuando más sola y preocupada estaba, Rebeca había encontrado y casi se puede decir que rescatado en la *Tierra de La Majarería*, a un jovencuelo perdido en parecidas circunstancias y había formado enseguida tándem con él, debido a la gran debilidad emocional que mostraban ambos y la falta que les hacía el apoyo, ayuda y seguridad que podían prestarse en todas las peripecias que tuvieron que experimentar, total por un resbalón de nada: Una sirena sonaba en la plaza. El ruido se podía oír por todas partes y la gente corría alborotada por la calle. Estaban fuera de sí, tropezaban torpemente unos contra otros y todos se empeñaban en ocupar el mismo espacio. Los andares de la gente que normalmente se dirigía a sus quehaceres con cierta tranquilidad, se volvieron presurosos y alocados y parecía como si de pronto unas cuantas personas no cupieran en una plaza que, sin embargo, era amplia.

- *Ya verás ya, decían, hoy no cabemos en el Gran Hospital*

El pitido penetrante comenzó a hacerse estridente, pero al fin calló y ambos jóvenes pudieron escuchar las noticias de la televisión que se filtraban a través de las ventanas abiertas, porque además habían subido el volumen casi totalmente, como si estuvieran sordos.

- ¡Qué va!, sordos, ¡Qué más quisieran ellos! Necesitan ponerlo muy alto porque en el fondo no quieren escucharse ni entre ellos ni ninguna otra cosa, van a lo suyo, descarado.

Las noticias se referían a un conflicto armado que se había declarado entre los habitantes de la Segunda Aldea y el resto de los habitantes de La Sierra Majara, por lo visto, los primeros pretendían ser mejores que los demás jugando a *Las Damas* y se había extendido una idea entre la población, según la cual los que no habían nacido en esa Segunda Aldea eran unos gusanos despreciables que apenas merecían vivir. Pensaban eso de los otros para no tener que pensarlo de sí mismos y habían llegado al fanatismo en la defensa de ese valor propio prefabricado. Se odiaban a sí mismos, porque en el fondo sabían que jugaban a *Las Damas* tan mal como los otros y estaban dispuestos a dejar por semejante historia que sus niños de pecho no tuvieran más arrullo

que el ruido de la sirena, la metralla y hasta las bombas. Estaban dispuestos a permitir que su espléndida plaza porticada construida en granito, fuera destruida y preferían ver sus propias casas en ruinas antes que empezar a pensar que su valía no tiene nada que ver con el lugar donde su nacimiento hubiera podido ser registrado. Y como en La Sierra Majara las ideas se contagian rápidamente por el asunto del clima y los mosquitos, había un peligro extremo de que las demás aldeas entrasen en la contienda y que la psicosis colectiva se extendiera a todos. Rebeca, la reportera pensó que ya era hora de buscar el camino hacia la Sierra de la Ciencia y que quizá podría ayudar a aquel chico a volver a casa. Y salieron corriendo, porque experimentaban la urgencia de quien se siente verdaderamente en un aprieto, y como el chaval notara que Rebeca llevaba unos zapatos terribles, desde luego nada adecuados para correr, y menos por las calles empedradas de la aldea, hubo de tomar su brazo en un gesto de caballerosidad insólito en los mozos de aquella tierra. Ambos iban volando más que corriendo y notaban la sequedad en la garganta, propia de quien está tragando demasiado aire.

El pelo rojizo de Rebeca se movía al ritmo de sus pasos volanderos y como tales pasos no eran precisamente de marcha, el efecto final era más bien el de quienes patinan sobre hielo y efectúan un baile que les producía una especie de euforia y hacía que el movimiento de ambos, fuera vertiginoso. De esta forma, llegaron a la biblioteca en menos de un abrir y cerrar de ojos. Mi hermana y su amigo estaban metidos en un buen lío del que no sabían cómo salir. Una sierra roja: eso era todo lo que habían podido encontrar en los libros y todo lo que sabían del lugar al que debían dirigirse y sin embargo, estaban absolutamente convencidos de que era su camino, pues no podían volver atrás con el peligro de una guerra xenófoba y siendo ellos de fuera. Andaban resueltos a no perder la esperanza y mantener los sentidos alerta para detectar cualquier cambio de color por leve que fuera. Y lo hicieron durante algunas horas por sendas fangosas bordeadas por árboles y arbustos de especies desconocidas con enormes hojas que en un apuro podrían servir de mantas. Cuando ya anochecía pudieron mirar al sol que había salido de entre las nubes y que en unos pocos minutos cambió su color del amarillo al naranja, hasta que, pocos instantes antes de desaparecer tras una colina enrojeció como nunca antes lo habían visto. El sol estaba rojo.

- Oye fíjate qué grande y rojo

Para pasar la noche, montaron la canadiense, arrancaron unas cuantas hojas secas y enormes, acomodaron con ellas sus camas, charlaron animadamente durante un rato y cuando Rebeca vio que su amigo se había quedado dormido, dejó de contarle la nueva ley que pretende regular las actividades profesionales, sus ventajas, y sus inconvenientes. Rebeca también cerró los ojos y aspiró el aroma del campo que le resultó maravilloso por primera vez desde que salieron de la aldea.

Una tromba de agua les despertó cuando todavía no había salido el sol. Eran las cinco de la mañana y el sueño profundo en el que se hallaban sumidos no les permitía hacerse cargo de la situación con la suficiente rapidez. Por fin ella asomó la cabeza al exterior y viendo que era todavía de noche y no había luna, alargó el brazo para comprobar que estaban rodeados de agua, con una profundidad de unos dos o tres centímetros. Tras calzarse sus largas botas, salió completamente de la tienda y comprobó que unos metros más allá el terreno estaba tan sólo húmedo. Llovía a cántaros y su tienda la habían ido a instalar en medio de un cauce de los muchos que por allí se formaban durante los aguaceros. Las aguas corrían presurosas y caóticas hacia un lugar más estable. Ella era

de esas personas que escuchan música mientras sueñan y cuando eso ocurre, se levanta de mejor humor y más esperanzada. En esta ocasión le iba a venir bien ese optimismo provocado por sus sueños. Tenían que levantar el campamento. o el agua terminaría arrastrándolos. Él también era músico nocturno y estaba todavía somnoliento y fastidiado por no haber podido terminar un maravilloso sueño en el que un violín se disponía a interpretar una versión si cabe más dulce de la hermosa melodía que antes había "escuchado" en otro instrumento de cuerda, posiblemente el clave. Recogieron las mochilas y guardaron la tienda como pudieron, pensando que ya encontrarían mejor ocasión para intentar secarla. Las luces de las linternas les ayudaron a avanzar hacia un lugar algo más llano y en el que el agua caía en gotas finas porque la vegetación era allí menos espesa y no tenían que soportar los borbotones acumulados en las grandes hojas. Encontraron un árbol exótico de aquellos que abundan en La Sierra Majara, con grandísimas hojas que todavía tenían seco el envés. Arrancaron dos con el machete y se las colocaron a modo de capa, haciendo un agujero por el que metieron la cabeza. Y así con esa pinta estrafalaria de duendes de la lluvia, siguieron avanzando bailando y haciendo el bobo y cantando una cancioncilla que ambos habían aprendido de niños. Estaban seguros de que el temporal iba a durar muy poco y que de una forma u otra iban a encontrar la forma de secarse antes de agarrar un resfriado. Precisamente al tiempo que amanecía, las nubes negras empezaron a desgarrarse corriendo por el cielo y mostrando trozos de azul que al aparecer por el Este, dejaban asomar los rayos tiernos de un sol todavía débil pero muy prometedor. Y el sol grande y amarillo acabó por mostrarse en todo su esplendor, aunque la inclinación de sus rayos no lograra calentar más que la llamita de una cerilla. Saliendo por el Este, el sol no estaba ya rojo, cada vez tenían más claro que su dirección era hacia el Oeste.

Rebeca sonreía a pesar de la preocupación, porque la esperanza era mayor que las dificultades. Caminaban con aquellos rayos dándoles en la espalda y al alcanzar el punto más alto de una colina redonda y de pendientes poco pronunciadas vieron las paredes medio derruidas de una ermita antigua. Se acercaron a los muros y notaron cómo las piedras estaban ya casi completamente secas, como lo estaban unos viejos bancos de madera que, protegidos por los anchos alerones sin derrumbar no se habían mojado y ahora yacían ahí, calentitos, recibiendo el sol y esperando que un par de peregrinos vinieran a secarse y reposar sobre sus viejas tablas. Él colocó su mochila en uno de los lados y se tiró a lo largo en el banco. Rebeca prefirió extender en la gran explanada todas las ropas mojadas y la tienda y después imitó a su compañero y se tumbó boca abajo apretando su cuerpo aterido contra la madera caliente.

-¿Quieres ser mi amigo?



Él asintió moviendo la cabeza, en fin, qué otra cosa se podía hacer...Se dieron un beso para sellar la nueva amistad y Rebeca flotaba una vez más, hasta que cayó rendida y se tumbó al sol. Volvieron a quedarse dormidos un rato y al despertar, notaron que estaban casi completamente secos y hambrientos. Él se acercó a un matorral cercano y recogió un buen puñado de bayas rojas que comieron junto con los frutos secos que habían obtenido el día anterior. Cuando estuvieron seguros de tener la tienda de campaña seca, recogieron las mochilas y penetraron en el interior de la ermita que se había quedado sin techo pero que conservaba la estructura, revelando la antigua belleza de sus formas. En el altar y en el centro, vieron un círculo pintado de rojo y que

simulaba el sol. Aquel altar orientado al Oeste, les hizo pensar que se hallaban en el buen camino.

Al poco, mientras seguían por la senda cercana a la ermita, toparon con un nido en el que había un huevo grande y blanco. Ella cogió el huevo y lo agitó: parecía fresco y abandonado y pensó que era la hora del almuerzo, verían si era comestible y como sí lo pareció, lo cocieron y se lo zamparon con unos granitos de sal y unas hierbas aromáticas. Después siguieron el camino sin retortijones y con el buche lleno, siguieron el camino contentos y felices. No parecía haber grandes peligros por ahí.

Varios días llevaban de peregrinaje por aquellos parajes exóticos y ni un alma se les había acercado, pero el sol de atardecer tomaba día a día un color más encendido y el día anterior habían vivido la inolvidable experiencia de atravesar un bosque multicolor de roble. Las hojas de aquellos árboles que se encaminaban hacia el invierno habían decidido diversificarse en su tonalidad antes de caer al suelo y ellos pudieron observar las mismas formas lobuladas en amarillo, naranja, rojo, granate y marrón, además del verde que aún conservaban las más rezagadas. Cuanto más avanzaban, más se acercaban a un lugar con vegetación y clima más propios de aquella región. El aroma húmedo de aquel bosque era inconfundible y él recordó los tiempos de su niñez cuando vivía con sus abuelos en las tierras altas del Norte. Ella por su parte, creyó estar viviendo en persona alguno de aquellos cuentos del centro de Europa que su padrino alemán le leía antes de acostarse. No había imaginado que esos bosques tupidos y románticos existieran más allá de la imaginación de los narradores.

Mucho tiempo hacía desde que por última vez había salido él de su pueblo en la sierra y ahora pensaba que era posible que el haberse deslizado tan suavemente por el terraplén fangoso que le transportó a la *Majarería*, no se debía tanto a la casualidad, como a un deseo desconocido de aventura y pensó que la mayor parte de los acontecimientos importantes de nuestras vidas son resultado de nuestros propios deseos. Y al llegar andando despreocupadamente al extremo derecho de la falda de una colina, pudieron



percibir el fragor y las voces que surgían de un campamento un poco más abajo, sin llegar todavía al valle. Eran unas decenas de tiendas de campaña de distintos colores que alegraban el paisaje e hicieron saltar a los dos amigos. Cuando estuvieron un poco más cerca, pudieron distinguir un par de cabañas construidas con madera, a las que iban entrando una fila de personas de casi

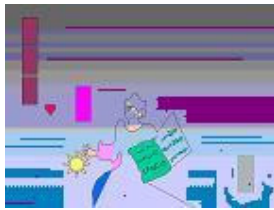
todas las edades, aunque había muy pocos niños.

Echaron a correr pues, aunque se entendían bien, sentían la necesidad y el deseo de hablar con otras personas y obtener información sobre su situación. Pararon y mirando hacia el Oeste, se maravillaron al descubrir unas enormes montañas rojas al lado de otras más pequeñas y de color algo más pardo que se elevaban con una majestuosidad imponente y que no se parecían a nada de lo que habían visto con anterioridad. Los perfiles de las grandes montañas eran limpios, no parecía que tuvieran cornisas ni peñas, ni sinuosidades, como si algún magno geómetra hubiera trazado aquellas líneas inefables. Las curvas se aproximaban casi con exactitud a las redondeces propias de elipses y parábolas, pero muy raramente se podían apreciar arcos de circunferencia, y las montañas y colinas picudas eran tan triangulares, que recordaban a los dibujos escolares hechos a escuadra. Miraron al suelo y descubrieron en él un color arcilloso parecido al del terreno de la sierra próxima: la famosa Sierra de la Ciencia,

¡Pasen a la Sierra de la Ciencia!, ¡Anímense! ¡Pasen todos y aprovechen la oportunidad! Un hombre vociferaba a la puerta de una de las cabañas de madera por la que iban entrando de uno en uno los de la fila. Había quienes en el último momento, parecía que dudaban y se quedaban a un lado para pensárselo mejor.

En el medio del recinto se hallaba una construcción de planta octogonal con ventanitas de madera y paredes de ladrillo rojo. Había flores anaranjadas y amarillas en los siete parterres que la rodeaban. Una puerta de color granate conducía al interior que resultaba una habitación amplia en la que, sin aglomerarse, se reunían los visitantes que podían contemplar los grabados y explicaciones colgados en las paredes de un azul que no era ni claro ni oscuro, que no llegaba a ser grisáceo ni tampoco chillón. Ella atravesó la estancia alfombrada con dibujos geométricos muy finos, sobre fondo rojizo y levantando una de las persianas interiores de color granate, miró hacia afuera para contemplar los comedores, el parque infantil, la pequeña biblioteca construida en madera y a la que entraban personas de todas las edades con cartapacios, papeles y libros bajo el brazo. Luego se dirigió al lugar en el que un gran número uno marcaba el inicio de la exposición y allí pudo leer con cierta avidez un cartel que decía: *"Se encuentra usted en la caseta de información de la Sierra de la Ciencia. Utilice nuestros ordenadores, por favor."*

Estuvieron largo tiempo observando las magníficas fotografías al estilo de las buenas agencias de viajes y estudiaron los mapas, los nombres de las diferentes montañas, así como una extensa información referida a las costumbres y organización del trabajo. En la Sierra de la Ciencia no había pueblos ni ciudades, había "grupos de trabajo" o instituciones de investigación. Y por fin pudieron entender que para permanecer trabajando allí durante algún tiempo, era preciso elegir de antemano una de las montañas o colinas e inscribirse en uno de aquellos institutos.



-Pero si nosotros no somos científicos

Protestó él que seguía muy interesado en volver a casa cuanto antes. Rebeca le explicó con paciencia que uno de los cuadros informativos decía muy claro que todo aquel que dudara de sus intereses o formación, debía ponerse en contacto con uno de los asesores que tenían su despacho en el piso de arriba. Si habían estado más de un día en la Sierra Majara, entonces la visita era obligatoria. Y al subir las escaleras, encontraron un segundo piso con siete puertas que daban a otros tantos despachos. En el número cuatro había un cartel que decía:

"Sprechstunde beim Dr. Heimweh".

-Consulta del Doctor Nostalgia

En la antesala del despacho trabajaba un hombre muy amable que, con acento extranjero, se ofreció a ayudarles.

-Hoy el doctor está muy ocupado pero podrá atenderles el viernes, vamos a ver, sí, el viernes a las cuatro y media. ¿Cuál es su nombre?

- No, es que nosotros tenemos muchísima prisa y no podemos esperar toda la semana, nosotros lo que queremos es encontrar el camino hacia la Sierra de “Guadarrama” y nada más.

-Para ir a la Sierra de “Guadarrama” deben ustedes pasar por la colina de la *Psiquiatría* y permanecer allí en tratamiento durante meses, no sé cuántos. ¿No estuvieron en la Sierra *Majareta* durante unos días? Cuando les den el alta, podrán marcharse.

-Bueno, si estuvimos allí sólo unas horas. Gracias, no es necesario, muchas gracias. Adiós.

-Entonces, ¿les apunto para el viernes?

-Que no, que no, que ya nos íbamos.

Salieron de allí muy ligeros y bajaron las escaleras sin mirar a otro lado que el suelo. Cuando ya estaban en la calle, se miraron frente a frente con los ojos redondos y las pupilas algo dilatadas expresando el estupor y hasta el terror de quien de pronto descubre que su situación real no se parece nada a lo que había imaginado. Se abrazaron y, buscando un lugar discreto en un parque cercano, rompieron a reír con una risa próxima al llanto. Al cabo de un rato su respiración empezó a hacerse más pausada y rítmica y poco a poco fueron adoptando la actitud de los que tratan de sobreponerse. Cogidos de la mano, seguían pensando sin mirarse y sin atreverse a decir nada. Por fin ella habló:

-No te digo que nos quieren meter en una loquería, ni muerta, vamos. Mira yo creo que tenemos dos opciones, bien hacemos lo que este hombre ha dicho, y ya desde este mismo momento te digo que no, o nos apuntamos en algún grupo y luego, ya veremos.

-En un grupo, en un grupo, ¿En qué grupo si puede saberse? Jamás en la vida podré pasar por un científico. Y tú, reportera. ¡Bueno, qué risa! Todo el mundo sabe que los periodistas hablan de todo sin saber de nada. Allí soltaron todas las tonterías que se dicen en momentos de ansiedad y estrés. Él en el fondo se animaba contemplando la sensualidad y lozanía de su amiga. Y una vez calmados los ánimos, se dirigieron al hotel donde podrían descansar. Una habitación doble con baño, por favor, pidió ella tras enterarse de que podrían pasar algunas noches en el hotel, a cuenta de trabajos futuros. Entraron en aquella habitación moderna, funcional, limpia, nueva y hasta lujosa para los dos pobres harapientos. Estuvieron un buen rato componiendo las ropas sucias para lucirlas algo más decentes y comieron lo que habían extraído de una máquina para los recién llegados. Al poco rato estaban rotos y entraron en sus camas.

-Que descanses, hasta mañana.

Se levantaron como nuevos y después del desayuno se dirigieron a la caseta de entrada en la Sierra de la Ciencia y se pusieron a la cola. Cuando por fin les llegó el turno, vieron que un hombre con un chaqué rojo con los ribetes y solapas en naranja, estaba prendiendo una tarjeta recién impresa en las ropas de los que entraban.

-¿Especialidad?

-No, si no somos especialistas.

-Está bien, ¿Montaña o colina?

-No tenemos ni idea.

-Bueno, ya aprenderán. ¿Que les parece la Ensenada de Galileo?

-Muy bien, nos gusta.

El hombre tecleó mientras miraba por la ventana los datos en el ordenador. Luego, sin apartar la vista, les aconsejó sobre la conveniencia de perseverar y de tener absoluta confianza en su capacidad como científicos. Aparecieron en la impresora las fichas de los dos nuevos residentes en las que se leían los datos personales y los estudios realizados.

-Pueden pasar, ¡buenas investigaciones!, dijo mirando a través de su ventana.

- Gracias, *monsieur*

Se montaron en el teleférico que atravesó un pequeño valle y al llegar al otro lado, pusieron los pies en un andén de madera, pero nada más cruzarlo pudieron ver de lejos la caseta de control. Había una serie de máquinas puestas en hilera: Control de serotonina, control de dopamina, control de noradrenalina, progesterona, testosterona y una larga fila de controles de todo tipo de hormonas, neurotransmisores y demás sustancias provocadoras de emociones, estados de ánimo y hasta pensamientos encadenados por una lógica más o menos ortodoxa. Más allá se encontraban las cabinas de los tests: inteligencia, personalidad, equilibrio. Ella hizo un esfuerzo para leer en voz alta todos aquellos carteles sin haber pasado todavía por el primer control.

-Quieren saber si estamos locos, esperemos que los controles demuestren lo contrario, creo que es mucho mejor no arriesgarse, que hemos pisado mucho la tierra los majaretas. Intentemos entrar de incógnito.

El sol se hallaba oculto tras unas nubes amenazantes cuando tocaron tierra con el teleférico y bajando de su cabina a toda prisa, se alejaron del resto introduciéndose en la espesura. Retomaron el camino hacia el lugar donde la gente iba desapareciendo. No tuvieron que subir mucho para llegar al apeadero y al ver que no había ningún tipo de vigilancia, entraron en él para salir por el otro lado. Se habían saltado el control y un pasillo mecánico les condujo al primer edificio. *Instituto Newton de Investigaciones Físicas I N I F*, decían los grandes letreros de aluminio dorado que brillaban en la fachada. Estaban en la montaña de Galileo Galilei y entraron resueltamente como si lo conocieran de toda la vida.

Primero se dirigieron a los aseos que encontraron casi nada más entrar y luego, con la cara lavada, las ropas compuestas de la mejor manera posible y bien peinados, siguieron adelante pisando las baldosas relucientes de ese material plástico que siempre parece tan limpio. No tardaron en ver un gran panel que informaba de la situación de despachos, oficinas, salas de reunión, laboratorios, bibliotecas y un sinnúmero de lugares de trabajo repartidos por todo el edificio.

-Recepción de científicos, segundo piso, leyó él en voz alta. Subieron por las anchas y lujosas escaleras y llamaron a la puerta 145, donde ponía "Recepción y Contratación". Sus caras no reflejaban en absoluto la preocupación que, sin embargo, sentían, cuando preguntaron si podrían obtener algún trabajo allí.

- Permiso de Residencia, ficha de entrada y de inscripción solicitó la empleada extendiendo su mano.

- Sólo tenemos la ficha de entrada.

La mujer, de moño alto y rubio y de aire muy seguro, tecleó los datos en el ordenador. Ella pensó que los jóvenes habían pasado los controles, puesto que estaban allí. En aquella zona no ponían dificultades burocráticas cuando la evidencia era positiva.

- No importa, esto es verdaderamente un paraíso para quienes están dispuestos a trabajar, estudiar e investigar. Pero deberán pasar un período de prueba de un par de semanas, después podrán ser admitidos como personal contratado. El escalafón es el siguiente, tomen nota: se entra de "Chico de los Recados" para ascender a los seis meses a la categoría de "Pipiolito Ordena Libros". Si caéis bien al Auxiliar Jefe, éste os recompensará dándoos su confianza y podréis pasar las cartas e informes. Dos años de Pipiolitos y si demostráis interés por la física llegaréis a "Auxiliar". Los auxiliares toman a veces el café con los Profesores. Las categorías de Investigador en Prácticas e Investigador Encargado, están reservadas para muy pocos de los que entran aquí sin más currículum que el vuestro. Toman a diario el café con los Profesores y algunos almuerzan también con ellos. Los Profesores son quienes deciden las investigaciones que se llevan a cabo y quién se encargará de ellas, cuándo y dónde se publicarán y la promoción de los Investigadores. El personal de las tres categorías no investigadoras va uniformado de blanco, naranja y marrón, respectivamente. Los investigadores en prácticas llevan una bata salmón, los Encargados, pueden ir de calle y los Profesores, muchos de ellos, van en pantalón corto en verano. Durante el período de prueba se evaluará vuestro interés y disposición, vuestro buen carácter y adaptabilidad, así como la rapidez y eficacia que demostréis en el trabajo. De momento, debéis llevar el pelo muy corto o recogido, en el caso de las chicas. ¿De acuerdo?

Los jóvenes hicieron una débil señal afirmativa con la cabeza y fueron registrados en el I N I F como chicos de los recados en período de prueba. Se les asignaron sendas habitaciones en los barracones de personal de servicios y un sueldo mensual algo mayor que el salario mínimo interprofesional. Los gastos de residencia y comida irían por cuenta del instituto y trabajarían un máximo de treinta y cinco horas semanales, repartidas en cinco días. Además, podían inscribirse en cuantos cursos de su nivel desearan, para recibir clases por las tardes.

-Vamos a conocer los cuartos.

Ella se sintió aliviada, pues de momento parecía que habían salvado el pellejo y cuando abrieron la puerta de la habitación, se revolcó alegremente en la moqueta azul que le pareció propia de un príncipe. La cama había sido preparada con sábanas blancas de un dulce algodón y edredón de plumas de pato gris, que se adaptaba al cuerpo como un abrigo natural con termostato.

Las habitaciones eran pulcras y olían bien. Quisieron descansar un rato y luego comieron en las cocinas comunitarias donde uno se podía preparar lo que le apeteciera. Por la tarde irían a pasear por la Ensenada, para ir familiarizándose con el entorno y la gente aquella tan rara.



Pero el día siguiente a las ocho en punto de la mañana, él estaba en su nuevo puesto de trabajo como Chico de los Recados y como no estaba acostumbrado a recibir órdenes casi cada minuto, aceptaba cada una de ellas cada vez con más disgusto. Tuvo que hacer paquetes y llevarlos a todas las plantas. Al principio, subía y bajaba por las escaleras, pero después de cinco horas decidió utilizar el ascensor. Cuando entregaba un paquete en mano al destinatario, éste se lo agradecía con una sonrisa, pero la mayor parte de las veces, tenía que dejarlo encima de la mesa y marcharse sin recibir ni las gracias. Cuando terminó la jornada no estaba ni contento ni enfadado, estaba muy cansado.

-¡Vaya paliza!

Dijo él cuando la vio después de comer. ¡Vaya trabajo de mierda!, he tenido la sensación de ser el criado de todos los que trabajan en el instituto. Me han puesto de repartidor de libros de unos tíos que se pasan la mañana fuera de sus despachos y mi jefe no sabe pronunciar palabras que no sean órdenes.

Ella le contó que estaba colocada en una mesa frente a su jefa. No había hecho nada productivo en toda la mañana, sino asistir a una reunión en la que no había podido participar, porque no sabía de lo que hablaban y aguantar estoicamente la voz chillona de esa Auxiliar Jefe que pasó todo el tiempo hablando por teléfono.

Durante la segunda jornada él tuvo que repartir muchos más libros aún y bajar al almacén con un transportín para acarrearlos. Puso tantos, que cuando tiraba de ellos en medio de un pasillo, la torre que había construido se le desmoronó y vio los libros desparramados por el suelo. Por allí pasaban investigadores con bata, auxiliares uniformados y algún profesor en pantalón bermudas y de pelo cano y rizado. Todos miraron con compasión al pobre que se sintió avergonzado como pocas veces, pero ninguno de ellos se paró para echarle una mano, tenían claro que esa no era su tarea. No parecía existir en aquel lugar algo así como la mutua ayuda, el apoyo al otro, esas cosas que nos suelen hacer más felices. y como la torre de libros que iba reconstruyendo quiso caerse una y otra vez más, llegó un momento en que él con sonrisa desesperada pensó que prefería convertirse en microbio y no ser visto por todos aquellos presuntuosos. Ella estuvo mordiéndose la lengua para no tener que poner las peras a cuarto a aquella tía más horterera que las coles de su pueblo. La individua no paraba de gritar y cuando Rebeca sugirió que quizá podría encargarse de algún trabajo relacionado con los textos y así aprovechar su formación en cierto modo humanístico, la jefa la miró con sus ojos saltones y le dijo:

-Sí, me conviene que me pases unas cuantas cartas.

- ¿Cuántas veces te han humillado en tu vida

- Cuando me pegaban, dijo él

- Cuando me insultaban, dijo ella
- Cuando se reían de mis dientes
- Cuando se reían de mis gafas
- Cuando me dejaban fuera de juego
- Cuando no me admitían en la pandilla
- Cuando me ponían desnudo al sol, delante de todos y de todas
- Cuando se chivaban de mis palominos
- Cuando me pusieron los cuernos por vez primera
- Cuando me hacían llorar
- Cuando me trataban mal

- Cuando no me trataban. Podríamos seguir con la retahíla hasta la noche. Esta vida es muy dura ya desde el inicio. Mira, yo estoy dispuesta a pasar todas las cartas que haga falta y a ordenar los libros de trescientas bibliotecas, pero hay algo en esa mujer que me resulta insufrible, yo aquí no aguanto más.



¿Por qué no pillamos una tienda y nos lanzamos al monte? Vámonos a la cumbre. Recogieron sus mochilas, algunos alimentos de poco peso y muchas calorías, la tienda de dos kilos y los sacos de dormir que encontraron en sus armarios, y sin pretender cobrar los días trabajados, abandonaron el lugar tan aliviados como el oficinista que ha montado su propio negocio y, por fin, se despide del trabajo. No habían tenido suerte, pero sabían lo que querían y esa sensación de

libertad en pleno monte, aspirando el perfume penetrante de la humedad de la tierra y acariciados por el viento fresco que movía los árboles rojizos, les llenaba de alegría y volvieron a amarse en pleno campo como la vez primera o más.

-Encontraréis grandes diferencias si recorréis la sierra, pero lo más bonito de todo en esta área está en la cumbre, donde podréis ver con vuestros propios ojos el movimiento de la tierra y la caída de los graves, también oiréis la relatividad del espacio y del tiempo y sentiréis la *incertidumbre* (38) que obligatoriamente gobierna todos los conocimientos. Aquello es ya como una especie de museo, pues nuestra montaña es de las más viejas y mucha gente se acerca aquí sólo con la curiosidad que merecen las cosas antiguas.

Tuvieron que andar un par de días con sus noches en aquella inmensa montaña antes de poder alcanzar la cumbre. Llegaron de mañana y justo en el momento de pisar el punto más alto, sintieron en su estómago esa sensación que experimentamos en los trenes

cuando de pronto, arranca a andar el que está situado en el andén de al lado. Pero ahora el nudo interior era más fuerte o más grande: sintieron cómo la tierra se movía bajo sus pies y notaron mirando al sol, el movimiento circular de nuestro planeta con tal claridad, que se dieron cuenta de la dificultad que la humanidad había tenido durante tantos siglos para comprender que la tierra no se estaba quieta, sino que daba vueltas día tras día.

Un ritmo misterioso y divinamente armónico fue penetrando en sus oídos, cuando alguien les contó que se trataba de la sinfonía de la caída libre de los cuerpos, en cuyos compases estaban perfectamente expresadas las ecuaciones matemáticas que explican este tipo de movimiento según los principios de la dinámica. Y cuando entraron en una pista que había sido diseñada para correr, patinar o montar en bicicleta, pudieron comprobar que no sabían en qué punto se hallaban si miraban el velocímetro incorporado en sus muñecas. Y si dejaban de mirarlo, ya se hacían a la idea de la situación que ocupaban, pero ni sospechaban la velocidad. Allí sí se encontraron a gusto y pudieron aprender cosas relacionadas con la física que tantos quebraderos de cabeza les había dado cuando estudiaban el bachillerato. Entraron en una habitación donde el tiempo transcurría tan lentamente que se podían entender los procesos mentales que transcurren mientras hablamos, el modo en que nuestro cerebro va eligiendo las palabras que queremos usar de entre las decenas de miles que conocemos. Se podían distinguir perfectamente las secuencias en las que un mosquito produce una picadura, como si fuera una película a cámara lentísima. Se podía uno desesperar antes de recibir la respuesta verbal o no verbal del interlocutor. Todo lo contrario de aquella otra sala donde todo ocurría en un instante. Por ejemplo, una discusión entera sobre política con pelea incluida, en menos de un segundo.

En otra estancia se podía anticipar el futuro y los que allí estaban, sabían de antemano lo que iba a ocurrir, realmente, faltaba motivación en aquel lugar para hacer las cosas, porque todo estaba previsto, todos los acontecimientos y la cadena completa de las consecuencias. Se dieron cuenta de cómo Einstein había podido pensar e imaginar las coordenadas espacio-temporales desde puntos de vista diferentes de lo habitual y eso quizá le había llevado a formular su teoría de la relatividad.

Se pudieron dar cuenta de que los grandes científicos se suelen apartar bastante del pensamiento de la mayoría y él recordó todas aquellas ocasiones en las que se había sentido incómodo por el mero hecho de verse a sí mismo nadando contra corriente, esforzándose mucho más para conseguir aparentemente mucho menos. Y pensó que iba a hacer cada vez menos caso de lo que piensen los otros, sobre todo cuando estuvieran todos de acuerdo. Eso le iba a hacer sospechar muy en serio y se lo dijo a Rebeca que también estaba entusiasmada con todas aquellas demostraciones y consideraba una maravilla de la naturaleza humana la lucha de esos personajes en su soledad.

- Cuántas horas de trabajo dedicadas a una causa no entendida, cuánta incompreensión y qué seguridad en su propia actividad, es admirable.

Rebeca se veía minúscula pensando en aquellos espíritus libres y grandiosos.

Bajaron por la falda de la gran montaña de *Galileo Galilei* y en su carrera iban viendo pequeños grupos de casas diseminados por el monte. Imaginaron escuelas de física con sus pequeños aularios y laboratorios, imaginaron a jóvenes maestras instruyendo a los

pocos niños que por allí se encontraban, vieron algunos edificios mayores parecidos al Instituto en el que habían estado trabajando y cuando se quisieron dar cuenta, estaban en valle rojizo por cuyo más profundo seno, discurría un arroyo de aguas arcillosas.

Por la tarde fueron a visitar el Periódico del Cerro de la Psicología. Era un edificio grande donde se editaban unas hojas diarias y tres revistas semanales. Les habían dicho que allí acogían de buena gana noticias y reportajes sobre sitios exóticos y aunque La Sierra Majara era bien conocida por los habitantes de la región, quizá obtuvieran algún contrato para publicar el de ella si lo encontraban interesante. Entraron sin muchas esperanzas y el conserje de gafas redondas les envió a "recepción de noticias". Él se quedó esperando fuera.

-Me temo que va a ser muy difícil que esto nos interese

Dijo lo más amablemente que pudo una mujer madura que bien hubiera podido ser la madre de cualquiera de ellos dos. Y mientras tanto hojeaba el trabajo ilustrado con fotografías.

-¿Sabes qué pasa?, pues que sobre la sierra vecina tenemos montañas de material, ten en cuenta que todos hemos pasado por allí. Su rostro iba mudando la expresión y pasando del escepticismo más hueco al interés relativo y a la sorpresa. En ese preciso instante se paraba ante la imagen fotografiada del funcionario cesado que habían conocido semanas atrás, llorando como una María Magdalena.

-Son muy buenas estas fotos, dijo fijando su atención en varias de ellas: la niña de los espejos, el muchacho giratorio, ellos mismos vestidos de duendes con una enorme hoja por capa. Tienen algo de artístico, parece que han sido hechas con sentimiento, no sé, tienen algo especial que no se ve mucho por aquí. Ella sonrió agradecida y cuando ya se disponía a recoger la carpeta para volverse algo decepcionada, la mujer retuvo el informe con firmeza.

-Mira lo que vamos a hacer: Yo me quedo con las fotos, te pago por ellas lo que está estipulado y tú intentas de todos modos publicar tu informe con algunas fotos en Madrid. Te daré una carta de recomendación para los periódicos de allí.

Rebeca se quedó helada.

-¿En Madrid?

-Claro hija, tendrás muchas posibilidades. El informe es bueno y las fotos son muy interesantes y de calidad.

-Pero, y ¿cómo voy a ir yo a Madrid? preguntó ella haciendo un puchero.

-Cuando tengas un día libre, por la Carretera de la Coruña o por la de Colmenar, en coche o en autobús.

-Bueno, claro, respondió Rebeca disimulando como pudo su sorpresa.

-Está bien, hoy mismo te pagarán en habilitación y mañana puedes venir a recoger tu carta de recomendación. Atontada salió de la oficina y se sentó en un banco, pero al ver a su amigo que se dirigía hacia donde ella estaba, se metió en el servicio de mujeres que encontró más próximo. Y allí, frente al espejo, se preguntó si le diría lo fácil que era irse a casa. Cada minuto que a partir de ese momento pudiera pasar en su compañía le parecía una preciosidad que no podía desperdiciar. Se había acostumbrado a su compañía y le dolía en lo más profundo pensar en separarse. Salió compungida al pasillo donde el chico estaba esperando.

-Me van a pagar por las fotos.

-¡Hala!

-Podremos mandar el giro a tu casa.

-Es verdad, qué bien, cuánto te lo agradezco. Yo te lo devuelvo en cuanto pueda.

-Me van a dar una carta de recomendación para publicar el reportaje.

-¡Madre mía!

-Podemos irnos a casa por la Carretera de la Coruña o tomando el autobús. Sé dónde está la parada.

-¿Cómo?

Él recordó en un instante todos los momentos de ansiedad sintiéndose perdido, desde que pisó el fango al principio. Pensó en la extraña gente de La Sierra Majara. Recordó la exuberante selva verde, la sensación permanente de calor y humedad, se acordó de los preludios de aquella guerra civil y las sirenas estridentes, revivió las noches pasadas junto a ella en la tienda de campaña, el frío del mes de octubre, los bosques multicolores, los edificios de aluminio, la incertidumbre. Y pensó que todas aquellas maravillosas experiencias no podían ser un sueño. Pero se alegró muchísimo imaginando que quizá pronto estaría de vuelta en su casa. Cenaron juntos y durante ese rato estuvieron hablando de sus planes, de sus esperanzas y deseos. Estaba claro que ella debía ir a Madrid, pero él no sabía muy bien qué hacer o más bien, no se atrevía a decir a las claras que quería irse a casa lo antes posible. Así que se marchó muy temprano despidiéndose a la francesa, porque el afecto hacia la amiga era ya de los que duelen al marchar.

Aquella mañana Rebeca fue a recoger su carta de recomendación y cuando volvió a la residencia, él ya no estaba. Había dejado una nota de agradecimiento en la que también explicaba que debía tomar el autobús para su pueblo.

-¡Se acabó! ¿Por qué se ha ido? ¿Qué habré hecho mal?

Se quedó pensando frente a la ventana de su cuarto y mientras su mirada permanecía enganchada en la acacia del centro del patio, repasó sus recuerdos y se dio cuenta de lo duro que le iba a resultar seguir sola en adelante durante los días próximos. Comenzó a hacer su propio equipaje entre suspiros, pensando en la posibilidad de comenzar una

carrera brillante en Madrid, al tiempo que se iba dando cuenta de que aquella aventura había finalizado y posiblemente pasaría por su vida sin pena ni gloria.